

piensa, ni Schelling ni Hégel piensan, y por lo que toca a la filosofía, es tan aire vano y agua como las nubes del cielo. Yo he visto innumerables nubes orgullosas y seguras de esta clase pasar sobre mi cabeza, y a la mañana próxima el sol las ha disuelto en su nada primitiva. No hay más que una sola filosofía verdadera, y ésta está consignada en eternos jeroglíficos sobre mi propia cola.

Y el viejo lagarto, al decir estas palabras, que fueron pronunciadas con desdeñoso énfasis, me volvió la espalda y como avanzaba coleando lentamente, vi los más admirables caracteres que se extendían en abigarrado simbolismo todo a lo largo de su apófisis caudal.

* * *

Es una observación ya conocida que los sacerdotes de todo el mundo, rabinos, muftis, dominicanos, consejeros consistoriales, papas, bonzos, en fin, todo el cuerpo diplomático de Dios, tienen en su rostro cierto aire de familia que se encuentra siempre en las personas que ejercen la misma profesión. Los sastres se distinguen en todo el mundo por la delicadeza de sus miembros; los carniceros y los soldados tienen por doquiera el mismo aspecto feroz; los judíos tienen su honrada fisonomía característica, no por descender de Abraham, Isaac y Jacob, sino por ser comerciantes, y el comerciante cristiano de Francfort se parece al comerciante judío de la misma ciudad como un huevo podrido se parece a otro. Los comerciantes espirituales que ganan su sustento con los negocios religiosos adquieren también por lo mismo cierto parecido fisiognómico, pero el modo y forma de llevar a cabo sus negocios origina en aquél algunos matices.

El sacerdote católico se parece más a un comisionista de un gran comercio; la Iglesia, la gran casa

cuyo jefe es el Papa, le designa ocupación determinada y le asigna por tanto, un determinado salario; él trabaja a sus anchas, como quien no trabaja por cuenta propia; tiene muchos colegas y nadie se fija en él, a causa del gran movimiento de los negocios; solamente toma a pechos (el sostener el crédito de la casa, o más bien su provecho, porque en caso de bancarrota perdería su subsistencia. El sacerdote protestante, al contrario, él mismo es en todas partes principal, y lleva por cuenta propia los negocios religiosos, pero no comercia en grande, como su colega católico, sino solamente al por menor, y como él solo ha de atender á todo, no puede descuidarse y tiene que ponderar la calidad de sus artículos de fe, desacreditar los de sus concurrentes, y como verdadero traficante a la menuda, estarse en su tienda, lleno de celos industriales contra toda gran casa, y sobre todo con la gran casa de Roma, que paga muchos miles de tenedores de libros y embaladores y tiene factorías en todas partes del mundo.

Todo esto influye, sin duda, en sus fisonomías, pero estas influencias no son visibles desde el parterre, pues el aire de familia que tienen los rostros de los sacerdotes católicos y protestantes sigue invariable, pero sólo en sus principales rasgos; y si el Intendente general paga bien a los precitados señores, representarán, como siempre, sus papeles a maravilla. Hasta su andar contribuirá a aumentar la ilusión, aunque un ojo práctico nota bien que se distinguen igualmente por pequeñísimas diferencias en el andar los sacerdotes y los monjes católicos.

Un cura católico viene hacia uno como si el cielo le perteneciera; uno protestante anda dando vueltas, como si lo llevara bajo el brazo.

* * *

¡Oh fríos y prudentes filósofos!